

HACIA LA IDEOLOGÍA POR LA LITERATURA: EL REGENERACIONISMO NOVELÍSTICO DE ESTEBAN BELTRÁN Y MANUEL RUIZ-MAYA

M^a JOSE PORRO HERRERA

*Discurso de ingreso como Académica Numeraria leído por su autora
en la sesión pública del día 22 de noviembre de 1991*

I. Proemio académico

Excmo. Sr. Director, Mgco. y Excmo. Sr. Rector, Sres. Académicos, amigos todos: Al acercarme a cumplimentar el acto protocolario de la lectura de mi discurso de Ingreso como Académica Numeraria de esta docta Institución, me siento abrumada por el orden de prelación que he de dar a los recuerdos emotivos, agradecimientos debidos y cumplimentaciones varias sin que la prioridad de unas sobre otras empañe mi reconocimiento a todas ellas. Huelga resaltar el deslumbramiento que la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes supuso hace veinte años a quien llegaba a esta ciudad sin otro bagaje que sus ilusiones profesionales volcadas casi en exclusividad por aquel entonces a la docencia. El poderme contar hoy entre sus miembros es un motivo de orgullo al que sin duda han contribuido muy directamente todos aquellos que en su día me propusieron y a la Corporación que hoy me recibe.

Mi emoción también unida al deseo de que mi labor dentro de la Academia no desmerezca al lado de la que ilustrísimos antecesores en la sección de Bellas Letras han ido asentando como pilares casi desde su fundación.

Gratitud a mi familia que sabe bastante de horas hurtadas y que, no obstante, se gozan en ello. Y gratitud también para el Dr. Criado Costa que desde el primer instante aceptó contestar a mi discurso y al que sólo quiero aplicar el escueto calificativo de "amigo" porque como bien dijo el clásico "más valen quintaesencias que fárragos".

Y como todo nuevo ingreso supone un vacío previo, quiero recordar aquí al Excmo. Sr. D. José Cobos Jiménez, quien me precedió en el sillón que voy a ocupar. Bien es cierto que no tuve el honor de conocerlo personalmente; sin embargo, el recuerdo emocionado de los que fueron sus amigos y compañeros en esta Corporación hablan de él como hombre culto, humano, cuyo interés por lo cordobés alumbró sus actividades tanto profesionales como académicas. Sus dos amores, vino y poesía, constituyeron el eje profesional, y así, en colaboración con Ricardo Molina escribió *El vino de la verdad*, donde alcanza gran calidad poética; en unión a Joaquín Dicenta da a luz la obra *La zarza sin espinas*. Su amor a Montilla se vio coronado con su nombramiento como

Cronista Oficial de la Ciudad y a él se debe igualmente la fundación de "Las Camachas", lugar ya clásico no sólo por los textos cervantinos alusivos a sus protagonistas, sino por su trayectoria posterior. Mereció también Don José Cobos otros honores y nombramientos por su vinculación a Hispanoamérica, siempre a la sombra de su paisano El Inca Garcilaso. Para Don José Cobos vaya, pues, mi recuerdo emocionado.

Y es el momento de pasar a lo que constituye el texto de nuestro discurso.

II. Hacia la ideología por la literatura: El regeneracionismo novelístico de Esteban Beltrán y Manuel Ruiz-Maya

No sorprende hoy al estudioso de la literatura y a todo aquel que tenga cierta curiosidad por lo que se viene editando en las últimas décadas, encontrarse con publicaciones de autores y obras producidas en los primeros treinta años de nuestro siglo, que si bien alcanzaron cierta resonancia entre sus contemporáneos, sin embargo, en este momento, son prácticamente desconocidas para el gran público y reciben un tratamiento que pudiéramos calificar de "arqueológico" por parte de quienes las estudian. Refiriéndose a la situación de algunos de ellos, entre los que E. de Nora destaca los nombres de Arderius, Díaz Fernández y Arconada, el ensayista opina que la misma

ofrece una extraña paradoja: tuvieron audiencia nacional y trato de iguales en los últimos años de la Monarquía (...), pero sufrieron un progresivo aislamiento, un no sé si premeditado o espontáneo cerco de silencio, que pretendió confinarlos en algo así como "los aldeaños" del arte verdadero, en los años medios y finales de la República (1).

El tiempo transcurrido, los objetivos que este tipo de obras perseguía, las especiales circunstancias por las que atravesó el país a partir de 1936 -que las convirtió en blanco propicio para la censura- y también, sin duda, la escasa calidad artística de muchas de ellas (2), todo ello ha contribuido a esa necesidad de "reconstrucción" si se las quiere hacer salir del ostracismo y ponerlas al menos en situación de poder ser consultadas por el lector actual.

Fueron considerables el número de libros y folletos que convirtieron en eje narrativo la que se había dado en llamar "cuestión agraria", en especial tomando como escenario el campo andaluz, cuyo planteamiento, nudo y desenlace en sus cuestiones más relevantes se ofrecieron en su día pormenorizadamente en el ya clásico libro de Juan Díaz del Moral *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (3). La crítica literaria ha prestado atención sólo en contadas ocasiones a esta producción narrativa por considerarla globalmente de poca entidad y calidad literaria (4), si bien

(1) NORA, Eugenio de: *La novela española contemporánea (1927-1939)*. Madrid, Gredos, 1968, 2ª ed. I, pp. 441-442.

(2) "Podrá faltarle a la literatura obrerista la lucidez de la frase, la brillantez de las figuras, los períodos grandilocuentes que más exaltan el sufrimiento que hablan a la razón; mas nada de esto es indispensable para convencer de la bondad de una causa, bastando un regular conocimiento de las principales reglas de la Gramática para darse a entender bien a los que no han de juzgar nuestros trabajos literarios por la forma, sino por el fondo; no por la galanura de la frase sino por la intención que la motiva", José LLUNAS Y PUJALS: "Literatura obrerista", apud Clara E. LIDA: "Literatura anarquista y anarquismo literario", *N.R.F.H.*, XIX, 1970, p. 365.

(3) DIAZ DEL MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, reed. Alianza, 1984.

(4) "Resultaría para mí bastante cómo pretender desautorizar la novela social sacando a relucir lo mucho de precipitado, erróneo o falso que hubo en ella. Podría, sin mayor esfuerzo, recalcar las tintas en todos sus aspectos negativos, que no son pocos (...). Pero no es esa mi intención, ni tampoco la contraria: defender desde

no regatea la importancia que estas obras puedan tener en cuanto a aportación ideológica y documental, lo que explica que hayan sido principalmente historiadores y sociólogos quienes con mayor interés se han acercado a ellas, según lo prueba la numerosa bibliografía nacional y extranjera al respecto y en uno de los casos que aquí vamos a tratar, el de Esteban Beltrán, la edición que de su novela *Socialismo agrícola. Leyenda popular. Segunda parte de Manolín*, hizo el malogrado historiador contemporaneista Antonio M^a Calero (5).

Se perfila así el texto como compromiso ideológico, bien sea bajo la denominación de "novela proletaria", "novela social", "novela anarquista" o "libro de izquierda", porque como dice Tuñón de Lara a propósito de la llamada "novela social",

si el tema de la novela es indudablemente polémico, no es menos cierto que su aportación testimonial al conocimiento de su autenticidad "intrahistórica" del primer tercio de nuestro siglo XX es de irrecusable alcance (6).

Se busca una literatura para enseñar al pueblo, para hacerle comprender su presente y proporcionarle los mecanismos que el permitan reaccionar y labrar su propio futuro. Antecedentes literarios no le faltaban, si bien los objetivos perseguidos no coincidirían en todos los casos, así en España los *Episodios Nacionales* de Galdós, nacidos del intento de enseñar la historia pasada para hacer más comprensible el presente (7). Consecuentes tampoco se echarán en falta: sólo los nombres de Zugazagoitia, Isidoro Acevedo, Arderfús, Benavides, Arconada, Barea, Anselmo Lorenzo, Ramón J. Sender y tantos otros, son suficientemente significativos de la corriente de opinión vigente entre un grupo de autores para los que la denuncia de un mundo injusto marcaba el objetivo principal de sus escritos, ya fuera desde el simple descubrimiento de la realidad cotidiana y su descripción mediante técnicas cercanas al costumbrismo y con actitudes testimoniales escasamente críticas, ya pasando a adoptar actitudes de compromiso social bajo la forma de denuncia implacable. Se materializa un universo actual y nuestros dos autores, intelectuales que profesionalmente se mueven en campos que poco tienen que ver con la creación literaria, deciden no obstante acogerse a sus mundos ficcionales narrativos cuando quieren dar rienda suelta a sus "demonios familiares".

La militancia política les proveerá del material ideológico necesario a sus reivindicaciones y la forma del discurso adoptada por ambos les aproximará a las utilizadas por las que de forma más o menos vaga ha venido denominándose "literatura popular", pues no olvidemos que Gramsci al intentar una clasificación para este tipo de novela en el panorama europeo coloca en el primer apartado específico a la de tipo ideológico-político a la manera de Victor Hugo y Sue (8). No nos sorprende, pues, que

supuestos extraliterarios la conveniencia o necesidad de una vulgar literatura de denuncia. Por ello, mi criterio ha de ser el de documentar y explicar un proceso histórico-literario", en Eugenio de Nora, *Opus cit.*, pp. 9-10.

(5) BELTRAN, Esteban: *Socialismo Agrícola. Leyenda popular. Segunda parte de Manolín*. Ed. de Antonio M^a CALERO. Madrid, Editora Nacional, Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados. 1979. Desde una perspectiva estrictamente semiótica nos ocupamos de esta novela en otro momento: Cfr. *Actas del III Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*. Universidad de Granada, 1990, microfichas.

(6) TUÑÓN DE LARA, Manuel: "Prólogo a V. Fuentes: *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*. Madrid, Eds. de la Torre, 1980; p. 17.

(7) "La primera idea de Galdós fue contar para todos las historias de la Historia, el deleitable cuento escuchado en la infancia, enseñando a los españoles lo pasado, para que pudieran ver en el espejo oscuro las líneas precursoras de lo presente". Ricardo GULLON: *Galdós, novelista moderno*. Madrid, Gredos, 1966, pp. 55-56; y Hans HINTERHÄUSER: "Una necesidad de conocer mejor el funcionamiento de la sociedad española contemporánea impone a Galdós la tarea de novelar el pasado inmediato de donde el presente está saliendo con movimiento orgánico", en *Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós*. Madrid, Gredos, 1963, p. 20 y cap. III.

(8) *Cultura y literatura*. Barcelona, Edicions 62, 1967, apud L. ROMERO TOBAR "Forma y contenido en la novela popular: Ayguales de Izco", en *Prohemio*, III, 1 abril, 1972; p. 48.

Esteban Beltrán subtitule su *Socialismo Agrícola* "Leyenda popular", sobre todo si tras un análisis estilístico pormenorizado se comprueba que responde a las características que Leonardo Romero Tobar (9) señala para esta modalidad novelística, a saber y entre otras, el ir dirigidas a un público lector de escasas exigencias estéticas y culturales y estar organizadas en estructuras narrativas y contenidos temáticos estereotipados. Algo similar sucede con Ruiz-Maya en *Los libertadores del campo*: el subtítulo que le sirve de apoyatura es el de "novela cordobesa", lo que la encasilla inevitablemente en una modalidad narrativa bajo cuyas referencias localistas subyacen claras connotaciones de un costumbrismo restrictivo desde el punto de vista geográfico, que si bien la potencia como indicador semántico de una específica realidad social al incardinarla en el mundo de los "singulares", no es menos cierto que la arranca del mundo de los "universales", con lo que se frustra la intencionalidad primaria de imponer una ideología utilizando como instrumento la literatura; es lo que veladamente reconoce Antonio M^a Calero cuando afirma que

esta "leyenda popular" se entronca en la corriente de literatura utópica occidental que arranca, por lo menos, de Platón, y en este sentido no es sino una *modesta manifestación andaluza* de esa constante producción universal (10).

La *modesta manifestación andaluza* (y el subrayado es nuestro) advertida por el crítico creemos que no es otra cosa que la incapacidad de Beltrán para crear una verdadera obra de categoría literaria, cuyo valor documental para la historia de las mentalidades, suficientemente estudiado por Calero, no nos toca a nosotros enjuiciar.

Llegados a este punto, permítasenos introducir unas breves referencias biográficas sobre los dos autores cordobeses repetidamente citados, con el fin de comprender mejor su obra de creación que es la que nos ha interesado como tema de nuestro discurso, teniendo en cuenta, según adelantábamos más arriba, que ninguno de los dos eran profesionales de la pluma, aunque sí formaran parte de ese grupo que entre 1898 y 1936 y bajo el común apelativo de "intelectuales", reunían las características de ser jóvenes, universitarios y ostentar públicamente determinados criterios que los diferenciaba de los que no lo eran (11); recordemos a este propósito lo que dice José Carlos Mainer al referirse al uso del término "intelectual":

Con él nos referimos, más que a corrientes y movimientos de dilucidación trabajosa, a una postura de opinión y guía política -a un elitismo, en suma- que será el nuevo modo de insertarse el escritor español en su sociedad y en sus problemas (12).

Cronológicamente deben ser ubicados ambos autores en el espacio que media entre 1885/1890-1936, ese "medio siglo de cultura española" que sirve de título a una de las obras más conocidas del historiador del período, Tuñón de Lara (13), espacio cronológico que Mainer restringe algo más (1902-1936) en otro de sus libros capitales: *La Edad de Plata* y en el que justifica la parcelación cronológica por varios sucesos de interés en la historia socio-política y cultural española. Las novelas de ambos, no obstante, se mueven en cada uno de ellos en función de motivaciones ideológicas divergentes de las que luego hablaremos.

(9) *Opus cit.* p. 48.

(10) CALERO, Antonio M^a: Introducción a Esteban Beltrán *Socialismo Agrícola*; pp. 16-17.

(11) CANSINOS ASSENS, Rafael: "Los intelectuales", en *Las escuelas literarias*. Madrid, Sanz Calleja, Eds. (s.a.), 2^o vol. pp. 49-93; José Carlos MAINER: *Literatura y pequeña burguesía en España*. Madrid, Cuadernos Para el Diálogo, 1972; Luis FERNANDEZ CIFUENTES: *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*. Madrid, Gredos, 1982; pp. 11-38.

(12) MAINER, J.C.: *Literatura y pequeña burguesía en España*, p. 147.

(13) TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid, Tecnos, 1977 y J.C. MAINER: *La Edad de Plata en la literatura española*. Madrid, Cátedra, 1981.

De Esteban Beltrán conocemos escasos datos: debió escribir su *Socialismo Agrícola* entre 1907 y 1908 por describirse en sus páginas una cooperativa que sería el germen de la Colonia Socialista catalizadora de la novela, trasunto sin duda de la que Beltrán promovió en Montoro, fracasada ya hacia 1905, y por las alusiones al primer gobierno Maura. Anterior a esta novela fue *Manolín*, su primera parte según reza el subtítulo del *Socialismo Agrícola*, folleto de gran difusión entre el campesinado andaluz en los primeros años del siglo, en palabras de Día del Moral (14). Ejemplo de intelectual progresista salido de las clases medias rurales del cordobés pueblo de Montoro, es retratado por su biógrafo Calero como republicano de ideas, regeneracionista de formación -regeneracionismo que llevará a la praxis ficcional como más adelante veremos-, moderado y legalista de actuación, anticlerical de creencias y enemigo de ideas y métodos ácratas (15).

Algo más afortunados somos con Manuel Ruiz-Maya: nacido en Espiel en 1888, como Beltrán es salido de las filas de la burguesía agraria. Se convertiría en afamado médico, si bien alternaría la profesión con actuaciones de marcado carácter político. Miembro de la Masonería entre 1913 y 1926; académico, entre otras, de esta Real Academia de Córdoba (1916), fundaría el Partido Republicano Radical Socialista en esta ciudad en el año 1929. En 1931 fue nombrado Gobernador Civil de Almería y en 1933 Director General de Prisiones. Murió fusilado el 16 de agosto de 1936 (16). Muy abundante es su producción científico-literaria, alguna de ella inédita, de la que hoy destacamos dos novelas publicadas ambas en 1920: *Los incultos* y *Los libertadores del campo* (17); en ellas no ha desaparecido la preocupación regeneracionista que apuntábamos en Esteban Beltrán, pero el transcurrir del tiempo y los sucesos históricos se dejan ver de modo palpable: siguen sin resolver los problemas suscitados por una reforma agraria siempre anunciada y nunca hecha realidad; no faltan mordientes alusiones al deplorable estado de la educación y cultura entre las clases campesinas, elevándose a la categoría de título en una de ellas, *Los incultos*; la lucha de clases continúa siendo el móvil que se destaca en ambos libros, sin embargo ¡qué diferencia entre la fe proselitista de Esteban Beltrán y el desengaño amargo de las novelas de Ruiz-Maya! Posiblemente la convivencia diaria con los problemas sociales desde su juventud y el ahondamiento en los mismos tras su estreno profesional como médico en la Compañía Minera de Cerro Muriano, así como la responsabilidad subsiguiente tras la fundación de un partido político y los cargos desempeñados, le hicieron detectar los límites apenas perceptibles entre utopía y realidad, siendo esta última la triste ganadora en la dialéctica que en las novelas se plantea entre ambas.

Y pasando directamente al análisis conjunto de dichas obras, debemos insistir en la conveniencia de que sean estudiadas como ejemplos de la actitud de los escritores regeneracionistas de principios del siglo XX, los cuales, si bien parten de la premisa inicial imprescindible a este tipo de escritos -la comprensión de los problemas nacionales que puede verse en autores tradicionalmente tildados de regeneracionistas como Rafael Altamira, Ganivet, Unamuno, incluso algunas novelas de Blasco Ibáñez (18)- va a ser en estos años cuando autores bastante menos conocidos, con frecuencia de segundo o tercer orden, mostrarán que

(14) Díaz del Moral incluye a Esteban Beltrán en una relación algo extensa de los que él denomina "literatos campesinos". *Opus cit.* p. 259, nota 65.

(15) CALERO, A. M^a: *Opus cit.*; pp. 14-15.

(16) GARCIA DEL MORAL, Antonio y M^a Pilar LLAMAS SILLERO: "Manuel Ruiz-Maya", *El Pregonero*, n^o 85, oct.-dic. 1990; pp. 23-24.

(17) RUIZ-MAYA, Manuel: *Los incultos*. Rafael Caro Raggio, 1920 y *Los libertadores del campo*, Madrid, Juan Pueyo, 1920.

(18) ROMERO TOBAR, Leonardo: "La novela regeneracionista en la última década del siglo", en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Ed. Mercedes ETREROS, M^a Isabel MONTESINOS y Leonardo ROMERO TOBAR. Madrid, C.S.I.C. 1977.

el tema español adquiere un sesgo antes inexistente, aunque presentible. La exaltación de la denuncia seguirá transitando por los caminos del naturalismo decimonónico hasta que bien entrado el siglo, se constituya una "novela social" estéticamente original (19).

¿Estamos, pues, ante un tipo de obras para las que sus autores han elegido la posteriormente denominada "teoría del reflejo" luckásiana en virtud de la cual el arte se convierte en forma de conocimiento y, en consecuencia, de "praxis"? De ser así, el mensaje se convierte en el elemento narrativo prioritario al que cualquier otra estructura ha de estar subordinada y el estudioso de estos textos deberá acercarse a ellos desde una doble perspectiva: en relación con la historia y en relación con una ideología de esta historia (20). En un trabajo anterior sobre la novela de Beltrán fueron esos aspectos los que ocuparon nuestra atención y a ello dedicamos algunas páginas (21). No obstante, al leer las novelas de Ruiz-Maya otros elementos no siempre coincidentes ponían de manifiesto que lo que en sus textos se detecta como compromiso social viene apoyado necesariamente en actitudes previas propias de los regeneracionistas, lo que en el caso de la prosa narrativa se traduce en la utilización de determinados temas y en la aplicación de técnicas específicas tomadas del costumbrismo local vistas con la lente de ciertos rasgos naturalistas, como por ejemplo el registro fotográfico de personajes y situaciones que fragmenta estáticamente la acción, sin que en algunos casos se ahorren también recursos expresivos folletinescos tales como diálogos entrecruzados sostenidos entre el obrero y su patrono, el burgués y el trabajador... Y en esta línea se explica también con total coherencia la utilización de un doble código lingüístico: uno de registro vulgar y aparentemente dialectal en un intento caracterizador de personajes, si bien Alvar califique estos usos de "rasgos regionalizantes" que en rigor son "estrictos vulgarismos comunes al español hablado" (22) y otro registro culto, tomado de la jerga científica, política o filosófica según convenga al relato, mucho más acusado en la novela de Ruiz-Maya que en la de Esteban Beltrán, y que se produce en situaciones de habla dentro del discurso, muy diferentes ambos del registro lingüístico propio de la "instancia del autor" (23).

1. *Temas*: Si examinamos los temas que apuntan en estas novelas, el que sirve de núcleo aglutinador a otros es la traída y llevada *cuestión agraria* como adelantábamos más arriba. Los años en que ven la luz estos textos son extremadamente conflictivos en el campo andaluz (24). Esteban Beltrán lo aborda en su libro en distintas ocasiones, presentando en sucesivos capítulos y de forma escalonada el ámbito geográfico -Cap. I: *El campo* y sus personajes; Cap. II: *El obrero agrícola*; Cap. III: *El propietario burgués*-. Un accidente fortuito, la muerte del tío Bravo, hará saltar la chispa revolucionaria y en el Cap. IV, *La siega*, se llega a la exposición de la tesis ideológica, tras la arenga de dos destacados obreros defensores de los principios anarquistas cuando alaban al obrero muerto que

(19) ROMERO TOBAR, L: *Opus cit.* p. 205. Pero recordemos que la "novela social" a la que aquí se alude no debe confundirse en modo alguno con la que más tarde se consideraría acogida al "realismo social".

(20) MACHEREY, Pierre: *Para una teoría de la producción literaria*, p. 115, apud. J. SINNIGEN: *Narrativa e ideología*. Madrid, Nuestra Cultura, 1982; p. 11.

(21) PORRO HERRERA, M^a J.: "Algunos elementos estructurales en la obra de Esteban Beltrán *Socialismo Agrícola*", *Actas del III Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*. Granada, 14-16 de Diciembre de 1989. Ed. A. CHICHARRO y A. SANCHEZ TRIGUEROS. Universidad de Granada, 1990.

(22) ALVAR, Manuel: "Los dialectalismos en la poesía española del XX", *Revista de Filología Española*, XLIII, 1960; pp. 57-79.

(23) Angel DIEZ ARENAS: *La instancia del autor*. Barcelona, Anthropos, 1990, p. 34.

(24) DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.*, caps. 8 a 11.

jamás quiso ser aperador ni manijero, porque decía que a él no le gustaba mandar, porque todo cargo de mando tiene que ser despótico y abusivo (25).

Se habla de los problemas del trabajo "a destajo" (26), modalidad que provoca igualmente enormes reticencias en varios pasajes de *Los libertadores...* Enfrenta en los dos capítulos siguientes a defensores y detractores del reformismo agrario: *Un pueblo digno y resuelto* (Cap. IV) frente a los *Burgueses incorregibles* (Cap. VI), que añorantes del poder absoluto del Antiguo Régimen - "La autoridad puede compararse perfectamente con la divinidad", dice un personaje (27)- defienden sin nombrarlas las habituales prácticas caciquiles, institucionalizadas en España con la política de la Restauración, porque como recrimina el cura Don Basilio a su alcalde, Don Pedro,

Lo que está V. diciendo y haciendo, es propio y natural que lo haga un republicano o un socialista o un anarquista; y usted debe tener presente que por más que es cierto mucho de lo que usted ha dicho que hacemos, no es razonable que V. nos censure, pues a nosotros nos conviene a todos hacerlo así, porque *este sistema de privilegios y sinrazones que gozamos* (el subrayado es nuestro), aumenta nuestro caudal y riquezas que es lo que nosotros debemos procurar mientras nos sea posible (28).

El tema volverá a aparecer en el Cap. VIII y en el propio título del X: *Un militar digno y un cacique idem*.

Muy otro es el tratamiento que del mismo asunto se hace en *Los libertadores del campo*: aquí "El buen ermitaño", personaje de prosapia roussoniana tanto en el apodo como en sus manifestaciones vitales, será quien presente al lector al

"señorito amo" absentista y jaranero, inculto y cínico; expoliador de todas las virtudes, detentador de todas las aspiraciones; explotador de hombres y de cosas; ignorante industrial de la vida, del que *sacrilego desflorador de la riqueza* (el subrayado es nuestro), huye de intensificar la producción, de hacerla racional y científica porque supone trabajo personal, supone aplicación, y, lo que es más grave, facilidad de vida a los que aún han de ser siervos sumisos, prestos a sostener el quebradizo palanquín sobre el que él, el "amo", asienta la libertad de sus pasiones (29).

Bien es cierto que aquí el cacique lo es sólo con minúscula, relegado casi a la categoría de simple "señorito jaranero, esclavista, inconsciente y criminal" (30), no obstante lo cual debería desaparecer ante la acción efectiva de un Estado "creador de Cooperativas Agrícolas, y Bancos de socorro por la acción particular mancomunada" (31). El verdadero cacique aparece por primera vez en la novela considerado como clase, sin encarnar concretamente en ningún personaje. Se le alude en medio de una arenga en la que el "tribunicio", como Ruiz-Maya designa al orador, instiga a los obreros oyentes con gritos revolucionarios:

(25) BELTRAN, E.: *El socialismo...*, p. 62.

(26) "¿Qué tiene de perjudicial el destajo?"

- Pos, misté, allá en la sosiedá desimos qu' el destajo... Verá' sté si yo m' explico... El hombre que trabaja a destajo lo hase por un tanto; es desí, que ya sabe lo que va a sacá der trabajo qu' ha tratao con el amo, y al amo ya no l' importa lo qu' eche en jasele, y el hombre precura adelant' a mucho ar día pa echá meno días y poerse dedicá a otros trabajo... eso es... Y el hombre se afana y se destrosa por acabá presto, y como en poco días ha tenío más ganansia, pus s' hase ambisioso, y el hombre ambisioso no es güeno; además, eso sería paerse a los burguese y contra eso vamo... Mosotro queremo educale". E. BELTRAN, *Opus cit.* p. 62. Cfr. J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.*, p. 308.

(27) *Opus cit.* p. 87.

(28) *Opus cit.* pp. 88-89.

(29) RUIZ-MAYA, M.: *Los libertadores...* pp. 38-39.

(30) *Opus cit.* p. 97.

(31) *Opus cit.* p. 98.

¡Ha llegado la hora! (...) ¡Való, ciudadanos! ¡Abajo los caciques! ¡Abajo la explotación! ¡Abajo los burgueses! ¡Abajo los verdugos del pueblo! (32).

En otra ocasión el término se colectiviza como “canalla revolucionaria y caciquista” (33). Recibe también un tratamiento metafórico trasladado al invierno al que considera

...trágico asociado del rico! (...) eres cacique, eres autoridad, eres esbirro, eres verdugo (34),

donde los cuatro últimos sustantivos funcionan prácticamente como sinónimos intensificativos. Y vagamente reaparece por último en el capítulo en el que se liquida la insurrección campesina. De pasada se alude a la intervención del Gobernador Civil como puente entre la Administración y los politiquillos locales (35). La cuestión social, imbricada en la política caciquil y consustancial a las revueltas agrarias, por cuya situación se pregunta en un momento (36) y que debe ser explicada al campesinado ignorante (37), vuelve a surgir en una de las reuniones de partido donde se estudia la distribución de trabajos pre y postrevolucionarios. El encargado de las cuestiones agrarias va a ser un voluntario cuyo conocimiento de los “problemas del agro” es explicado por él mismo:

Señores (...), yo he estado dos veces en el campo. Una, acompañando al Juzgado al levantamiento de un cadáver; pasamos allí todo el día y comimos cerca de un arroyuelo... Y otra... Yo he sido revolucionario antes que ustedes (...); les he predicado a los obreros del campo... Además, desde la azotea de mi casa se ve toda la Sierra... Si creen que tengo méritos deben encargarme este servicio... No necesito remuneración... Soy un idealista; un intelectual agrario (38).

El resto del programa se presenta del mismo tenor. La autocalificación de “intelectual agrario” retrata lúcidamente la irónica actitud distanciadora de Ruiz-Maya que encarna en el personaje de ficción todo el desdén y el sarcasmo que le merecen en la historia/vida real quienes así se comportan, los mismos que propiciarán que en el campo español persista el atraso más absoluto

sin una máquina, sin una señal de evolución, como ha cientos de años, como si para la agricultura no hubiera pasado el tiempo; estática en sus albores, siempre primitiva, ignorante de la industria, huída del progreso (39),

palabras en las que resuenan aquellas otras de Picavea, quien en su novela *Tierra de Campos* hace decir a un personaje al hablar de los problemas del agro castellano:

Mi revolución en todo caso es otra. ¿No se trata de agricultura?, pues ¡una revolución agrícola! Que se acabe de una vez con estos cultivos de kábilas

(32) *Opus cit.* p. 165.

(33) *Opus cit.* p. 187.

(34) *Opus cit.* p. 239.

(35) *Los libertadores... y Socialismo Agrícola.*

(36) *Los libertadores... p. 118.*

(37) “Ahora estoy encargao por el Sindicato p’haser propaganda entre estos inorantes que no saben ná de custiones sosiales. Como yo estoy bien enterao y tengo condisiones p’haser pro... pro..., como se diga...”, *Opus cit.* p. 145.

(38) *Opus cit.* p. 189.

(39) *Opus cit.* p. 162.

marroquíes, con estos arados contemporáneos de los faraones, con estas bárbaras explotaciones de secano (40).

Ni un atisbo de tecnificación aunque sea incipiente y rudimentaria, lo que sí testimonian las páginas del *Socialismo Agrícola*, donde en el Cap. XVI titulado *Un paseo agradable*, aprovechando el que hacen varios personajes por las fincas ahora en manos de los cooperativistas, se descubre ante los ojos del lector la visión de la ubérrima vega y del pantano en lugares que habían sido sólo “peñascar (sic) estéril” (41). Pero no olvidemos que, además de todo lo dicho, el *Socialismo Agrícola* es una novela utópica.

No hay salida por el contrario para Ruiz-Maya; el desánimo va invadiendo las páginas finales de *Los libertadores del campo* sin que se vislumbre la más leve esperanza a corto ni a medio plazo: “el ermitaño”, el intelectual roussoniano que ha sido testigo pasivo y narrador de los acontecimientos, pretende recluirse en su laboratorio

arrojando lejos los restos que aún le quedaban de aquella vida sórdida y mendaz que dejaba (42),

buscando su felicidad en la soledad sin más compañía que la de los sabios egregios del mundo, dispuesto a afrontar la defensa de la ciencia verdadera frente a la ciencia oficial. Pero la realidad es más fuerte que todo eso y golpea a su puerta: la reclusión intimista resulta ser también una utopía.

2. *Papel del intelectual*: Repetidas veces y sólo como leve desahogo apenas perceptible, Ruiz-Maya ironiza sobre los intelectuales, grupo al que por otra parte él pertenecía, en los que parece detectar de un lado la alta autoestima del grupo para con ellos mismos: ello explicaría la soledad y el distanciamiento en que hace vivir al “ermitaño” y las ansias de reclusión del mismo al final de la novela; de otro la incompreensión cuando no el desdén de la propia clase campesina que define al inculto arribista aspirante a autoridad como “intelectual agrario” (43), o el rechazo a la hora de asistir a una conferencia porque

son mu aburrías y luego no sirven más que para que se den charó esos señores sabios o pa que nos traigan la revolusión (44).

Esta reacción venía de lejos: cuenta Díaz del Moral que cuando en 1905 el Centro de Sociedades Obreras de la calle Fitero, en Córdoba, organizó unas enseñanzas dirigidas a mejorar la formación del obrero, la reacción de los propios dirigentes fue de recelo (45).

3. *Aliadofilia*: En la misma línea Ruiz-Maya, hombre de su tiempo, deja también asomar en versión jocosa otra de las cuestiones debatidas por los jóvenes que

(40) MACIAS PICAWEA, Ricardo: *Tierra de Campos*, II, PP. 50-51, Madrid, Libr. de Victoriano Suárez, T. I, 1897 y T. II 1989; apud ROMERO TOBAR, L. “La novela regeneracionista...”, p. 174.

(41) *Socialismo Agrícola*, p. 242.

(42) *Los libertadores...*, p. 278.

(43) *Opus cit.* p. 189.

(44) *Opus cit.* p. 211.

(45) “Aun admitiendo la buena fe de los “intelectuales”, consideraban los enemigos de las conferencias que toda enseñanza encaminada a otro fin cualquiera, distinto de la destrucción del capitalismo, era totalmente inútil. En vez de perorar, si los “intelectuales” querían hacer algo por los obreros, deberían unirse a éstos para aniquilar con dinamita a la burguesía”, J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.* p. 205.

integrarían la llamada generación del 14: el enfrentamiento entre germanófilos y aliadófilos (46), resuelto de un plumazo en el siguiente diálogo:

- ¿Tú eres germanófilo, Tolillo?
- (...)
- No niño; yo soy de los de acá, de los d' este lao; pero na má que de los franseses.
- ¿Y eso por qué? -pidieron todos.
- Porque na más qu' en Fransia hay plazas de toros... (47)

Con él se concluye toda una secuencia centrada en la descripción costumbrista de una típica tertulia de casino cuya atención recae en torno al mundo de la torería, capítulo este que si bien no consta entre las primeras preocupaciones de los regeneracionistas, -los hombres del 98 se confiesan casi unánimemente antitaurinos, mientras que los novecentistas empezaban a dar muestras de sus inclinaciones taurofílicas-, sí está ligado a otro de especial interés como es el de la cultura y educación del pueblo.

4. *Educación y cultura del pueblo*: Esta viene resumida en la conocida frase de Costa "escuela y despensa". Y henos aquí que la deplorable educación del pueblo y la falta de cultura del mismo, otro de los temas lacerantes para los regeneracionistas, aparece en las novelas que examinamos en todo su apogeo: Esteban Beltrán ofrece la cara y la cruz de la cuestión: desde el capítulo II se hace evidente que el retraso y estatismo de la clase obrera se asienta en su ignorancia secular y falta de instrucción producida en parte porque la sociedad no le proporciona medios para salir de ella y en parte también por su propia inhibición y desgana, de ahí que el capítulo concluya con la exhortación del narrador al narratario:

Lee mucho, obrero agrícola; instrúyete todo lo posible y tu distinguirás lo bueno de lo malo y comprenderás, por la conducta y los hechos de los hombres, quien te dice la verdad y quien te dice la mentira (48).

Es el grito de Costa una vez más el que resuena en estas líneas. Tampoco la clase acomodada se diferencia mucho culturalmente de los obreros y ese es el motivo de que no entienda que la educación y cultura de todas las clases sociales contribuyen al engrandecimiento de la persona y al progreso de la nación (49). La novela afronta el problema dentro de la recién constituida Colonia Socialista Agrícola, donde en el reparto de funciones a los colonos no faltan algunos dedicados al noble arte de enseñar a niños y niñas en plena naturaleza, en medio de paseos y plazoletas que fueron previamente habilitadas con bancos circulares para mejor desempeñar su tarea. El objetivo: borrar las sombras religiosas que acumularon en otro tiempo en las mentes de esos niños "y hoy están iluminándolas con la luz de la ciencia y la verdad" (50); -hay

(46) MAINER, J. Carlos: "Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales", en *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972; pp. 141-164. "En España (...) la aliadofilia fue en realidad francofilia y, en última instancia, el interesado tributo a la patria de la revolución burguesa y al país que mejor ha sabido elaborar su propia imagen universal", J.C. Mainer, *Opus cit.* p. 152.

(47) *Los libertadores...* p. 211.

(48) E. BELTRAN: *Socialismo Agrícola*, p. 52.

(49) *Opus cit.* pp. 54-55.

(50) *Opus cit.* p. 204. Es realmente notorio el esfuerzo formativo que se pretende a través de los folletos y los periódicos obreros que llegaban a los más apartados rincones de la provincia y que se sucedían con rapidez asombrosa, dada la corta vida de la mayoría de ellos: "Un periódico era el regalo más agradecido que podía hacerse a un obrero (...) En cualquiera de los pueblos sindicalistas se recibían muchas centenas de ejemplares de la prensa de sus ideas, que compraban hasta algunos que no sabían leer. En los pueblos socialistas campañeses se leía bastante menos; en la sierra no leían casi nada", J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.* p. 274.

que advertir que los dos maestros fueron en otro tiempo cura católico y pastor protestante-. La enseñanza al aire libre propicia entre otras cosas la educación física de los alumnos y su fe en el progreso se ve reflejada en unos versos de la *Salve* republicana que entona otro grupo:

Somos niños chiquititos
y queremos ilustración,
estudiemos con perseverancia
y alcanzaremos la redención.
Somos los niños de hoy
los hombres del porvenir,
juntemos nuestros esfuerzos
si no queremos morir.
Salve República amada
¡viva la ilustración!
estudiemos con entusiasmo
y salvaremos a nuestra nación (51).

Puede sorprender a primera vista que cuando el anticlericalismo más feroz rezuma en esta novela, sea precisamente el título de una de las oraciones más conocidas del credo católico, la *Salve* en este caso, el que se tome prestado para un himno laico. Sin embargo, y como advierte Clara E. Lida, la incorporación de giros religiosos al pensamiento laico y revolucionario se hicieron práctica común contra la que "algunos anarquistas manifestaron claramente su irritación" (52).

Y esto no es todo, en una sala de la Casa del Pueblo están a disposición de los usuarios "multitud de periódicos y revistas agrícolas y científicas" (53), porque en la Colonia se trabaja "Científica y racionalmente" (54). La lectura colectiva obrera suple con ellas su necesidad de ilustración (55), bien es verdad que no se alude a ningún otro tipo de literatura de imaginación distinta a las que figuran en las listas de Rafael Altamira (56), Luis de Zulueta o la sección fija titulada "Lecturas Obreras" de *La Gaceta Literaria* a cargo de Julián Zugazagoitia, pero sí se hacen eco más pormenorizadamente las páginas de *Los libertadores del campo* de autores y obras que figuraron repetidamente en los catálogos de librerías como el valenciano Sempere: trátase de las obras de Reclús, Tolstoi, Renan, Kropotkin, Victor Hugo, Haekel, Darwin y otros como Nietzsche, Shopenhauer, Emerson, Taine, Zola... presentes en otro catálogo de librería de 1910 y que se repetirían en los años posteriores (57).

La lectura como fuente de saber y de ilustración, porque un pueblo ilustrado, como confiesa un anarquista convertido al socialismo agrícola,

(51) *Opus cit.* pp. 204-205.

(52) "Esto se manifiesta profusamente en los "credos" y "evangelios" (e incluso "bienaventuranzas") que aparecieron por entonces, aunque sus antecedentes sean muy anteriores", Clara E. LIDA: *Opus cit.* p.

(53) *Opus cit.* p. 206.

(54) *Opus cit.* p. 209.

(55) "En medio del grupo de jóvenes había una sentada y leyendo en alta voz un periódico, cuya lectura era escuchada por las demás jóvenes mientras trabajan", E. BELTRAN: *Opus cit.* p. 172.

(56) "Lectura para obreros (indicaciones bibliográficas y consejos)", *La Revista Socialista*, Madrid.

(57) En carta de Sempere a Unamuno el editor afirma haber vendido hasta la fecha (1910) 5.300 ejemplares de *Dios y el Estado*, de Bakunin (editado en 1902); 6.000 de *Campos, fábricas y talleres*, de Kropotkin (ed. 1902); 5.000 de *Así hablaba Zaratustra*, de Nietzsche (ed. 1906); 14.000 de los *Estudios religiosos* de Renan (ed. 1902); 9.000 de un extracto de *El Capital* (ed. 1903) y 3.500 de *El único y su propiedad*, de Max Stirner (ed., 1905). Cfr. J.C. Mainer: *La Edad de plata...*, p. 58. "Se leían libros y folletos de los maestros del anarquismo. Bakunin Kropotkine, Reclus, Malato, Malatesta, Faure, Grave, Mirbeau y los españoles Anselmo Lorenzo, Federico Urales, Soledad Gustavo, Ricardo Mella, Leopoldo Bonafulla, José Prat, J. López Montenegro (...) Hay un libro que obtuvo en la provincia, como en casi toda España, singular fortuna: *La conquista del pan*, por Kropotkine..." J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.* p. 188

un pueblo ilustrado que goce de todos sus derechos, de todas sus libertades, que esté pletórico de salud, de riquezas y de libertad, defenderá a todo trance sus derechos, sus riquezas y su bienestar y sus libertades, y se dejará matar antes de consentir el más pequeño despojo (58).

5. *Repercusiones del "Desastre"*: La reflexión anterior va dirigida no sólo a los beneficios que en términos materiales puede proporcionar una educación digna, sino que recoge el lamento de un intelectual por el todavía fresco eco del desastre ultramarino, uno más de los "leit motif" del regeneracionismo (59). De haber tenido ilustración, viene a decir E. Beltrán, el pueblo español no habría perdido Cuba, donde

Un ejército hambriento que muere sin chistar, sin sublevarse ni un solo soldado; que la mitad de ellos quedan allí sepultados y los restantes vuelven aquí demacrados para que nos cercioremos de que lo del hambre de Cuba no fue una leyenda, sino una realidad fatídica... y que nadie se echó a la calle a defender la vida y la honra ultrajada, es la prueba de que el hambre es ineficaz para movernos de nuestra postración (60).

Es la cruz que el montoreño ofrece de la situación inane de la cultura y educación entre los españoles de su tiempo. La cara la presenta él en su novela con el triunfo del Cooperativismo y la prosperidad de los que a él se acogen. Pero esa es otra cuestión.

Manuel Ruiz-Maya sólo encuentra la cruz de la triste realidad. Todos los personajes de su novela viven en igual miseria espiritual porque "no han sido educados". Según el autor no hay que buscar un sólo culpable y el narrador se hace eco de la situación:

Se les negó toda educación, hasta la más simple, hasta la más elemental. Se les negó el agua y la sal para el mantenimiento y perfectibilidad de su espíritu, rústico siempre, bravío unas veces y lerdo las más. Y se la negaron todos: los (...) siempre señores (...). Los redentores profesionales (...). Y se la negaron ellos, ellos mismos (...). Y unos estúpidos y otros insanos y éstos míseros, todos, todos, contribuyeron a que aquella repugnante lepra del espíritu, la más brutal ignorancia acerca del papel del hombre en la naturaleza, se conservase en el agro a pesar de los siglos (61).

Más arriba asistíamos al rechazo de los pequeños burgueses a asistir a conferencias porque son aburridas. La clase trabajadora no tiene ni siquiera la posibilidad de aburrirse: es mayoritariamente analfabeta porque no ha asistido a la escuela (62), por eso recela y destruye lo que desconoce (63); como la Castilla machadiana que "envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora" (64).

En *Los libertadores...* la excepción en un principio la encarna Joseillo,

cerebro ineducado e inculto pero sediento de saber y preñado de fantasía, uno de los pocos que entre la masa anónima sabe leer y que se jacta de ello, de sus lecturas mal asimiladas de las que ni siquiera llega a reproducir correctamente el nombre de sus autores, cuanto más a interpretar su pensamiento (65).

(58) *El Socialismo...*, p. 277.

(59) ROMERO TOBAR, L.: *Opus cit.* p. 143. Y clara E. Lida dice: "Después del Desastre, otros grupos compartieron el 'j' accuse' de los intelectuales exaltados, y la preocupación por la regeneración de España fue tópico de derechas y de izquierdas", *Opus cit.*, p. 381.

(60) BELTRAN, E.: *El Socialismo agrícola*, p. 277.

(61) RUIZ-MAYA, M.: *Los libertadores...* p. 60.

(62) *Opus cit.* p. 8.

(63) *Opus cit.* p. 11-12.

(64) MACHADO, Antonio: *Poesías completas*. ed. Oreste MACRI, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p. 494.

(65) "Sí señor, yo he leído mucho a Onemesio Reclus", dice en una ocasión (p. 18); lleva en la faia *La conquista del pan* de Koprokin, "el evangelio de los probes" (p. 23). M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...*

Josefílo viene a ser la personificación del obrero que ilustra a los demás en un descanso en el trabajo o a la caída de la tarde, retratado por Díaz del Moral, Joaquín Dicenta, o Constancio Bernaldo de Quirós (66). Pero este personaje irá corrompiéndose progresivamente a medida que prende y casi simultáneamente se extingue la revolución campesina; la traición a su clase marcará el final de la novela y con ella el desencanto de las tesis ideológicas largo tiempo defendidas. También él ha perdido su idealismo adánico y se ha convertido en el "hombre de acción" tan desdeñosamente valorado por el "ermitaño", quien dijimos ser trasunto de las ideas del propio Ruiz-Maya (67).

En resumidas cuentas, para nuestros autores, y en el caso de Ruiz-Maya mucho más claramente que en el de Esteban Beltrán, como para los "oficialistas" miembros de las generaciones del 98 y del 14,

el mal de España era -por encima de la injusticia social y de la falsificación del sufragio- la incultura, el desinterés secular por los problemas del espíritu, las cerriles raíces celtibéricas de nuestras cumbres (68).

A pesar de la proliferación y el auge de las empresas editoras que se produce en España entre 1914 y 1920 (69), a pesar del aumento de la población lectora -los índices de analfabetismo parecen haberse reducido en 1920 al 50% frente al 95,04% de 1803 y 90,5% de 1841 (70)-, a pesar de la divulgación de ciertos autores y obras, no parecen haber cambiado mucho después de un siglo ni la capacidad ni los hábitos lectores de los españoles en los primeros veinte años del siglo XX. El campesinado ni que decir tiene que queda prácticamente excluido de esas prácticas ilustradoras dada su secular "miseria tanto económica como intelectual" (71) y ser preferentemente el ámbito ciudadano y no el rural el que propicia la lectura.

6. *Anticlericalismo*: Y entramos en el último de los tópicos temáticos regeneracionistas: el anticlericalismo. Más radical y visceral -por más utópica y radical- es el

(66) "En los descansos del trabajo (los cigarros) durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruido leía en voz alta folletos o periódicos, que los demás escuchaban con gran atención; luego venían las peroraciones corroborando lo leído y las inacabadas alabanzas. No todo se entendía...", J. DIAZ DEL MORAL: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, pp. 187-188; J. DICENTA: *Juan José*; C. BERNALDO DE QUIROS: *El espartaquismo agrario andaluz*. Madrid, Biblioteca de la Revista General de Legislación y Jurisprudencia, 1919.

(67) -"Que el hombre sea egosita, que busque su seguro bienestar, pero tenga presente que no llegará a obtenerlo si no procura antes que los demás lo sean. Cuando se persuade de que proporcionando el bienestar a los demás, sin buscarlo habrá conseguido el suyo, entonces y sólo entonces estará al comienzo de su redención. Que sea egoísta, sí, pero con altruismo; laborando para todos, laboramos para nosotros. Esta es la fórmula, sencilla, más sencilla que la revolución y más segura; sus cimientos son invulnerables. Mas para que sea es necesario educarse, educar las pasiones, educar los instintos, cambiar, sufrir transformación, y esto sólo se consigue lentamente, evolucionando. Lo que tu "evangelio" dice es bueno y ha de ser, pero antes tenéis que educaros.

-No nos dejan- angustiado razonó Josefílo.

-Quizá no queráis. Aunque sí, tienes razón: no os dejan unos y no se cuidan de ello otros, los que os utilizan como instrumento de sus ambiciones. Quizá sean estos los más culpables. Quizá no les convenga que dejes de ser lo que sois; luego, no tendrían en qué fundamentar sus actuaciones (...) Procurad educaros vosotros. No os preocupéis todavía del arte de gobernar; no queráis destruir lo que, de hacerlo, no os acarrearía aún ningún provecho; No estais preparados para dirigir el mundo..." M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...* pp. 30-31.

(68) J.C. MAINER: *La Edad de Plata...* p. 150.

(69) La producción media anual de estos años se sitúa en 3.988 libros y 4.232 folletos, Cfr. Víctor FUENTES: *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*. Eds. de la Torre, Madrid, 1980, p. 27.

(70) L. SACHEZ AGESTA: *Historia del Constitucionalismo Español*. Madrid, 1964, p. 443.

(71) José Ignacio FERRERAS: *Los orígenes de la novela decimonónica: 1800-1830*. Madrid, Taurus, 1973, p. 50.

tratamiento que del mismo encontramos en E. Beltrán; más diluído, si bien no falto de virulencia, en Ruiz-Maya.

No ahorra motivo ni ocasión Beltrán para plantear dialécticamente las ventajas de una sociedad laica frente a la confesionalidad que él conoce, y la defensa la argumenta apoyándose no importa en qué: la celebración de un entierro -civil por supuesto- (Caps. IV, V, X); la planificación de la infraestructura del nuevo núcleo urbano -sin iglesia, por supuesto (Cap. XIII)-; la forzada edificación de la misma y el vacío de que es objeto por parte de los colonos (Cap. XIV); la conversión al credo cooperativista de un cura protestante y su sobrina primero y de un sacerdote católico después (Caps. XIV, XV); la defensa del trabajo "racional y científico" frente a la fe pasiva e inoperante (Cap. XV)... Todo ello provoca extensos parlamentos y excursos donde no faltan los consabidos tópicos definitorios ni el discurso retoricista, trasnochado en ocasiones, con el que se busca ilustrar a los personajes novelescos, en realidad se está dirigiendo a una masa de lectores afines con la ideología que el texto rezuma, y que no van a reparar ni en falacias históricas ni en irregularidades de estilo.

En Ruiz-Maya la cuestión religiosa está planteada desde dos niveles de acción perfectamente diferenciados, cada uno de los cuales se ejemplifica en dos grupos sociales que se tocan sin llegar a fundirse: el primero de esos niveles lo encarna "el buen ermitaño", ese hombre ya maduro que pudo haber sido en otro tiempo arquetipo del héroe novelesco regeneracionista:

hombre joven de la clase media, en alguna manera distanciado de los compromisos y mediaciones de su medio social, competente en los aspectos técnicos e intachable en su comportamiento privado; hombre, en fin, capaz de emprender una empresa reformista cuyos resultados escapan al alcance de sus intenciones (72).

Este "hombre singular" retirado en el campo, absorbido por sus quehaceres en los que se mezclan el amor a la vida natural con sus prácticas de investigación médica, es calificado por los campesinos como "ermitaño laico". Su vocación docente no la reserva al campo estricto de la ciencia, sino que pretende hacer comprensible -con un lenguaje científico que inevitablemente obstaculiza sus deseos- desde los arcanos de la creación del universo y de la existencia de Dios, hasta la redención del hombre por sí mismo "por el desarrollo de su cerebro (73). "Pensamiento", "razón", "cerebro" son los términos constantemente utilizados por Ruiz-Maya para aseverar que en ellos radica la verdadera salvación de la humanidad, porque

la finalidad humana es alcanzar la máxima perfección cerebral que le es posible y la alcanzará el día en que todos los hombres puedan contribuir al progreso general del saber con la cantidad de inteligencia que cada uno posea (74).

Son palabras en las que subyace la fe en el progreso, el racionalismo cientifista que con el transcurso del tiempo irá derivando hacia actitudes idealistas bien lejanas del punto en que se gestaron. Una y otra vez pretende Ruiz-Maya conservar esa fe en "el buen ermitaño", quien cuando todo está perdido y la realidad se le muestra en toda su dureza, pretende seguir creyendo que "caerá todo al conjuro de la ciencia de la verdad" (75).

(72) ROMERO TOBAR, L.: *Opus cit.* p. 189.

(73) M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...* p. 22.

(74) *Opus cit.* p. 29.

(75) *Opus cit.* p. 283.

El otro nivel expositivo es tocado mucho más de pasada: campesinos y pequeña burguesía rural se mueven entre la superstición, las prácticas rituales (76) y el radicalismo doctrinario (77).

II. Forma literaria

Como hemos podido comprobar hasta aquí las dos novelas que nos ocupan recogen en distinta medida la preocupación que sus autores experimentan por "la necesidad de reformarlo todo, de modificarlo todo, de cambiarlo todo" (78): creencias, comportamientos, rémoras todas de un mundo antiguo que debe ser sustituido por otro; los objetivos parecen idénticos: conseguir el progreso y la dignidad del hombre; los medios y la forma de conseguirlos marcarán la diferencia; la praxis histórica la conocemos, pero aquí nos interesó tanto como el logos que sustentaba esa praxis, la forma literaria que adoptó en Esteban Beltrán y en Manuel Ruiz-Maya, lo que nos obliga a referirnos si bien sea muy de pasada a las técnicas literarias que ambos consideraron más apropiadas. Y en las dos situaciones, estos autores que muy bien podrían haber acudido al ensayismo literario -y de hecho Ruiz-Maya nos consta que lo hizo en numerosas ocasiones a través de las páginas de la prensa periódica-, prefirieron en esta ocasión acogerse al *relato novelado*, pretendiendo con ello llegar a un público lector bastante más numeroso, el cual, avezado a la lectura de los folletines y novelas sentimentales que las entregas le facilitaban, se sentía cómodo con relatos que le llegaban en un lenguaje muy similar y con técnicas narrativas que le resultaban familiares; la "fe del carbonero" trasladada a la práctica política, la viveza que Beltrán insufla a veces a algunos pasajes, las injusticias flagrantes que deben sufrir los personajes, las soflamas políticas de los cabecillas en los mítines y algún que otro episodio folletinesco formaban el caldo de cultivo que hacían digerible la pesadez de algunos excursos, la machaconería didáctica de otros, el lenguaje híbrido de formas vulgares y dialectales mezcladas con tecnicismos científicos y la retórica decimonónica que se resiste a desaparecer (79).

(76) "Al comienzo de una cacería, descubriéndose todos, y sobre el bullicio de antes, en duro contraste con la infernal algarabía de hacía unos instantes, extendióse un profundo silencio litúrgico. "El presidente" balbució una oración, que era de ritual, antes de encaminarse hacia la "mancha".

"Creo en Dios Padre"

Respondieron todos, con compunción, sapientes de la grandeza del momento, entregados al dulce rumor de las palabras cristianas.

Recogióse los perros en un mutismo consciente; cabecearon pausados los caballos su noble asentimiento; las mujeres de la servidumbre, creyentes y sencillas, asomáronse a las puertas de sus viviendas, con los pequeñuelos en brazos, como una ofrenda; sintieron suave emoción los corazones (...).

Una ola de beatitud recorrió la mimosa explanada llenándola de las suaves armonías de las horas de liturgia... "Amén".

Como un suspiro de amor exalaron todos, todos menos uno que contemplaba a Dios pensando en su casuca". *Opus cit.* pp.108-109.

(77) "...que como primera acción revolucionaria, ahora mismo se destaquen dos y, con cautela y audacia, pongan fuego a la iglesia de los jesuitas...

En medio del pánico que la propuesta produjo dejóse oír la voz chillona del clérigo maurista, que, levantándose y arremangándose la sotana, gritó balbuciente:

- Eso es una salvajada... Ahora mismo voy y aviso a las autoridades.

-Cállese, cobarde- gritaron algunos.

El doctor, flemático ahora, repuso:

-¿Creía usted que íbamos a hacer la revolución cantando un *Te Deum*...? *Opus cit.* p. 223.

(78) *Opus cit.* p. 251.

(79) "Los gustos literarios de los campesinos cordobeses siguen siempre iguales rumbos: les entusiasma el estilo apasionado y altisonante, saturado de imágenes, las execraciones e imprecaciones, y sobre todo las palabras nuevas para ellos, los vocablos raros y, por lo tanto, preciosos, no usados en el lenguaje corriente". J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.* p. 218.

Si reparamos en las estructuras narrativas vemos que todas están marcadas por el conservadurismo más recalcitrante, no importa que nos movamos en el plano léxico, morfosintáctico o estilístico. Ambas son novelas lineales donde el devenir de los acontecimientos se produce conforme avanza la narración. Predominan las fórmulas descriptivas de carácter bien lírico (80), bien naturalista (81); el descriptivo cuando recae sobre los personajes, produce una gran variedad de retratos, etopéyicos los unos (82), prosopográficos los otros (83); también el paisaje arranca de la pluma de los dos escritores descripciones en las que el recurso al "locus amoenus" horaciano predomina sobre cualquier otro tratamiento: el amor a la propia tierra, el conocimiento de su riqueza y el sentimiento de la injusticia social retributiva que soporta, les hacen aproximarse a ella con cierta actitud edípica en la que admiración y rechazo se vierten en un léxico brillante, colorista, lírico, en suma, que no ahorra epítetos descendentes, apelativos injuriosos y reproches impresionistas. Es en estos pasajes cuando apuntan las notas naturalistas, especialmente cuando la tierra, el paisaje, no se contempla en sí mismo, sino en función de los hombres y las mujeres que lo habitan. Contempladas en su conjunto, estas descripciones producen técnicamente cuadros (84) en los que sobresalen dos funciones, si bien no en el sentido que desde W. Propp (85) se le suele dar al término: de una parte una función referencial simbólica que remite a la intencionalidad ideológica del autor, pues con ella arrastra al lector a la identificación o rechazo subconsciente de la visión que se le presenta -por ejemplo en el capítulo IV de *Los libertadores del campo*- y que suele actuar por contraste con los personajes que se mueven en esos "escenarios inmovilizados", y de otra la función que les posibilita actuar como elementos de tránsito entre secuencias argumentales sucesivas. El estatismo inherente al cuadro le proporciona indudable riqueza significativa, y ello facilita su conversión en símbolo como acabamos de ver.

Extraordinariamente ricas son las descripciones que los autores hacen de determinadas actividades, comportamientos de los personajes e incluso de los interiores que les sirven de refugio (86). Todo es utilizado como indicios situacionales y valorativos (87). Beltrán y Ruiz-Maya suelen volcar entonces sus dotes de observadores que reparan en el detalle de tonos casticistas no siempre para sublimarlo, como es

(80) "Por entre madroñeras y quejigales, sobre un terreno mantilloso, abandonaron la llanura y dieron vista a un barranco, enorme, infinito, partido por la línea brillante de un arroyuelo que, descendiendo suave y manso, recostado sobre la falda de un cerro, perdíase allá, en una cortadura, lamiendo amoroso la base de montes lejanos", M. RUIZ-MAYA: *Opus cit.* p. 94.

(81) "...Y los gritos eran un solo grito, un alarido de demente voluptuosidad, un aullido de espasmo bestial; y los cuerpos todos contraíanse brutales sobre los aparejos y las banquetas, y la pareja, caldeada, enardecida, sintiendo el goce próximo, restregábase con furia..." M. RUIZ-MAYA: *Opus cit.* p. 70.

(82) "El alcalde, que lo era por real orden, era un señor de rancias costumbres y apegado a la tradición de sus mayores, no porque creyera en los disparates religiosos, sino porque creía que la religión es un freno para el pueblo y que era conveniente o vestía bien aparentar religiosidad, por más que en su fuero interno no creía en nada, pero seguía apoyando la cuestión religiosa por costumbre rutinaria..." E. BELTRAN: *Opus cit.* p. 67.

(83) "Era don Armando, (...) un hombrecillo dicharachero y agradable, amplio de hombros y corto de piernas (...) De más de sesenta años, que llevaba con extrñia gallardía, sus ojos diminutos y expresivos, su gesto risueño y su blanca cabellera en contraste con la negrura de su pequeño bigote, descuidado y desigual por el vicio que, dominándole, le caracterizaba, de mordisquearle de continuo, le hacía simpático y atrayente", M. RUIZ-MAYA: *Opus cit.* p. 104.

(84) Wolfgang KAYSER: *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid, Gredos, 1965; pp. 241-243.

"Aunque la distancia disminuía gradualmente, no se distinguían bien los contornos de los individuos que avanzaban, pues sus camisas y ropas, impregnadas de sudor y polvo, tenían el mismo color de la tierra, y aquello que se acercaba parecía una nube polvorienta, pues el aire no se movía nada en ninguna dirección que lo desviara dejando ver a las personas que se acercaban", E. BELTRAN: *Opus cit.* p. 60.

(85) Wladimir PROPP: *Morfología del cuento maravilloso*. Madrid, Fundamentos, 1971.

(86) *Los libertadores...* pp. 62-63.

(87) Angel DIAZ ARENAS: *La instancia del Autor/Lector*. Introducción y metodología. Zaragoza, Reinchenberg, 1986, p. 32.

constante en el llamado costumbrismo literario y en ciertas novelas realistas, sino para poner en evidencia y utilizar como contraste en las argumentaciones dialécticas la existencia de dos mundos enfrentados cuyas polarizaciones las marcan las nociones de “bueno” y “malo” entendidas en términos absolutos (88). Regionalismo, casticismo (89), denuncia social, son facetas que impregnan de forma alternativa las dos obras que nos ocupan, siendo en *Los libertadores del campo* donde se acusa con más nitidez la insistencia en la miseria del campo español y la brutalidad de sus habitantes -el cap. *De montería y Fiesta en el cortijo* son antológicos al respecto-, frente a la inocencia adánica del mundo al que aspira “el ermitaño”.

El discurso de ambos textos, en resumidas cuentas, se presenta como diégesis de estructura lineal unitaria que conduce la intriga previamente planificada hacia la “conclusio”. Ambas obras están divididas en capítulos a los que sirve de pórtico un título introductorio cuya aparición no suele ser inocente, antes bien responde no sólo a la costumbre propiciada por los folletines con el fin de atraer a los lectores, sino al deseo de disponer convenientemente el ánimo del receptor avanzándole situaciones espacio-temporales -*En el olivar de la solana* (L.C.); *Pródromos revolucionarios* (L.C.); actividades - *Fiesta en el cortijo* (L.C.); acontecimientos concretos -*Un entierro civil* (S.A.; *La Revolución* (L.C.)-... No cabe duda de que los autores han tenido presente a la hora de redactar sus novelas al llamado lector virtual de W. Iser (90), han pensado en la capacidad que “el lector-actual real tendrá de descodificar (su obra) e integrarse en la misma, en resumidas cuentas, lo que Angel Díaz Arenas denomina la “instancia del lector” (91). Porque si hemos de aceptar el éxito de lectura que autores como Díaz del Moral y Bernaldo de Quirós primero, o Antonio M^a Calero y Víctor Fuentes más recientemente ratifican para este tipo de obras entre las clases campesinas andaluzas, aunque su cuantificación numérica hoy por hoy sea imposible de hacer, este éxito no hay que buscarlo sólo en las historias que sustentan los entramados argumentales, sino antes bien, en la forma diegética que no duda en recurrir a códigos paraliterarios con el fin de hacer más creíble y robustecer su mensaje ideológico, como podemos comprobarlo en el simbolismo referencial de algunos personajes: tanto en el *Socialismo Agrícola* como en *Los libertadores...* se entremezclan personajes históricos a los puramente ficcionales, con nombres deformados en la primera de las novelas citadas: Palomini y Pastorelli, los compañeros agitadores (92) anarquistas que visitan la Colonia y el propio Esteban Beltrán que irrumpe en el Epílogo para dar cuenta de dos cartas que desde Montoro le envía un corresponsal, Don José Jurado Román; alusiones a Pablo Iglesias:

Desfían unas palabras mu raras, y como yo no conosco a ese señor don Pablo, no quisiera ofenderlo. Disen que no es señor, sino un obrero como nosotros, pero y que como es muy viejo tos le llaman “don” (93).

(88) “Era el guarda un hombre ya maduro (...) Ladino, serio y de rostro repugnante por la pérdida de un ojo y de los tejidos blandos de la frente en un accidente de montería que le granjeó la estima y confianza del “amo”, era el guarda el terror continuo de aquellos labriegos sencillos con espíritu de esclavos, a pesar de sus grandes ideales de independencia y liberación”, M. RUIZ-MAYA: *Opus cit.* p. 48.

(89) “Ese es el torcedor fundamental del casticismo: la ambigüedad entre la identificación (que mediatizan el nacionalismo y la voluntad de calar en el pensamiento popular) y la denuncia (que viene interferida por las limitaciones del republicanismo plebeyo y que, en última instancia, remite a los mismos elementos que condicionaban la complacencia estetizante...” J.C. MAINER: *La Edad de Plata...*, p. 125.

(90) W. ISER: *El lector implícito*. Múnchen, 1972.

(91) A. DIAZ ARENAS: *Opus cit.* p. 24.

(92) “El agitador suele ser hombre de pocas exigencias; al llegar al pueblo se aloja en casa de un trabajador y vive como él...” J. DIAZ DEL MORAL: *Opus cit.* p. 239 nota 9.

(93) M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...* p. 88.

Maestre, el jefe de los revolucionarios:

...Es listo (...) Tiene cultura, sí señor. Ha leído *La nacionalidades* de Pi (94),

Cordero, Bermejo (95) y algún que otro más.

Y no sólo en el caso de los personajes; también la utilización de otros códigos paraliterarios, generalmente de carácter político e histórico, ayudan en *Los libertadores* a ubicar la acción en el momento histórico y en una circunstancia política concreta: la Crisis Española de 1917, antesala y pórtico del repetidamente historiado "Trienio Bolchevique" en el campo andaluz (1918-1920), todo ello visto sin lugar a dudas desde una óptica ideológica que se ayuda de la focalización interna fija (96); para conseguirlo, citemos a título de ejemplo las alusiones a la revolución de los mineros asturianos (97), la sublevación militar de Barcelona (98), el Manifiesto a la Nación (99), La Revolución (100), el rumor que corre sobre Marcelino Domingo, de quien se asegura que ha sido detenido "disfrasadado de obrero" (101); o las no menos jugosas opiniones que se vierten sobre los mauristas (102), "que ahora se llaman revolucionarios, porque no tienen cabida en los partidos "regulares" (103)", de quienes se piensa prescindir llegado el momento y que van a sentirse utilizados con fines bastardos:

No era esto lo que esperábamos nosotros-decían, tímidos y ofendidos, los mauristas-. Se nos ha engañado... Han pretendido ustedes que les sirviéramos de pantalla. Esto no es un movimiento noble; es una reunión de anarquistas (104).

O por último, la incidencia explícita de acciones llevadas a cabo por elementos revolucionarios como los que en Febrero de 1919 después de una manifestación contra el caciquismo celebrada en la capital cordobesa, destruyeron el grupo escultórico erigido en memoria de D. Antonio Barroso y Castillo, figura antológica de cacique en nuestra provincia:

Aquella mañana habíase celebrado una manifestación, y al final, los manifestantes fueron al paseo de la Victoria, apedrearon el monumento que algunos cordobeses levantaron al señor Barroso, jefe, ya muerto, del partido liberal, y lo destrozaron horrorosamente (105).

Como puede observarse, estas referencias se convierten dentro de las respectivas obras en señales, "guiños" cómplices que dirigen los autores al lector real, quien manifestará su mayor o menor grado de asentimiento a los mismos en función de múltiples variables: grado de conocimiento de la realidad histórica sobre la que en este

(94) *Opus cit.* p. 181.

(95) *Opus cit.* p. 168.

(96) Cesare SEGRE: *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona, Crítica, 1985.

(97) M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...* p. 229.

(98) *Opus cit.* p. 167.

(99) *Opus cit.* Cap. VI.

(100) *Opus cit.* Cap. X.

(101) *Opus cit.* p. 229.

(102) A partir de 1913 la persona y el pensamiento de D. Antonio Maura se convirtieron en el eje de un vasto movimiento de masas neutras dirigido a reformar, al margen de los partidos "turnantes", las renqueantes estructuras políticas económicas y sociales del país. Cfr. Jesús PABON: *Cambó*. Barcelona, Alpha, 1952. Vol. I.

(103) M. RUIZ-MAYA: *Los libertadores...* p. 194.

(104) *Opus cit.* p. 224.

(105) *Opus cit.* p. 252.

caso se le informa; grado de afinidad ideológica con el autor y sus manifestaciones; disponibilidad o rechazo ante una posible convocatoria a la acción... Cada uno de los lectores dará su respuesta precisa en el momento, pero de lo que no debe cabernos la menor duda hoy, con la posibilidad de analizar los hechos desde una cierta perspectiva cronológica, es que los lectores reales de estas novelas esperaban ansiosos este tipo de mensajes: utópicos en el caso de Esteban Beltrán y su *Socialismo Agrícola*; dentro de las filas del republicanismo radical, en el de Manuel Ruiz-Maya y *Los libertadores del campo*, porque en esta última novela, el desengaño doctrinal al que se llega en el último capítulo no tiene por qué ser entendido en términos absolutos -aunque nuestra opinión personal se incline a ello- sino que muy bien puede interpretarse por los lectores como el resultado de las concretas circunstancias de la vida española en general y el campo andaluz en particular, desaparecidas las cuales quedarían abiertas las puertas de una posible redención: las tesis regeneracionistas según eso seguirían en pie, aunque habría que puntualizar que por los años en que se publican estas novelas, especialmente la segunda -1920- el regeneracionismo estricto ha dado entrada a la que se va a ir consolidando como "novela social" con todos los pronunciamientos (106), en la que siguen teniendo valor los ideales que preconizan la emancipación obrera por la educación, así como la necesidad de una cultura de la revolución, como la denomina Jacques Maurice (107).

La trayectoria ideológica de Esteban Beltrán y Manuel Ruiz-Maya han seguido caminos distintos en lo personal, pero en lo literario ambos han recurrido a la utilización del libro como arma de concienciación que transforme a la sociedad (108), han recurrido al tratamiento narrativo-ficcional de su pensamiento, considerando a la obra literaria "como metáfora de realidades más hondas que se han reflejado previamente en muchos espejos" (109). Así pues, politización y populismo bajo una dimensión didáctica vinculan a ambos escritores, claros exponentes de la tensión protagonizada por la pequeña burguesía de la que ellos proceden, en contraste con la pasividad y alejamiento de las masas campesinas a las que se dirigen, de ahí su tendencia "a representarse la realidad de su país como algo distinto de su imagen moral (...) como mito bipolar (110)". Sólo así se justifica el largo excurso en que se convierte el último capítulo de *Los libertades del campo*, trasmutado realmente en la torre de marfil que sirve de refugio al fracasado observador "ermitaño", incapaz de fundirse -al igual que el naciente grupo de intelectuales españoles- ni con el pueblo ficcional ni con el pueblo real que ha servido de soporte a su metáfora narrativa.

Curiosamente, ambas novelas en extremo politizadas vieron la luz en editoriales que poco o nada tenían que ver con los presupuestos ideologizadores que defendían, valga como ejemplo el de *Los libertadores...*, salida de las prensas de Pueyo, editor duramente satirizado por Antonio Espina en su artículo "Ideas y figuras. Editores de nuevo estilo", publicado por *El Sol* el 23 de noviembre de 1934 y al que retrata como

...sórdido, impermeable a toda novedad, desdeñoso de cualquier iniciativa, siempre metido en la covacha de su librería o de su imprenta, como un topo en su agujero, absolutamente negado para cualquier empresa que no consistiese en la previa y

(106) ROMERO TOBAR, L.: *Opus cit.* p. 205.

(107) Jacques MAURICE: "Un nouveau regard", en *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, dirs. Jacques MAURICE, Brigitte MAGNIEN et Danièle BUSSY GENEVOIS. Paris, Presses Universitaires de Vincennes, Université Paris VIII. 1990; p. 8.

(108) "Con sus prensas, sus folletos, libros y continuo deambular propagandístico, los intelectuales anarquistas y también los socialistas, avivaban esta llama: la pasión de leer y de aprender, como medio en la lucha para transformar la sociedad, errandando las injusticias ancestrales, se adueñó de los campos andaluces", Cfr. Víctor FUENTES: *La marcha al pueblo...* p. 30.

(109) J.C. MAINER: *La Edad de Plata...*, p. 16.

(110) *Opus cit.* p. 70.

cínica explotación de los escritores y en las hábiles operaciones de usura a costa del trabajo intelectual (111).

La aparente contradicción se explica si se considera que para estas empresas en expansión el libro merece la sola consideración de mercancía en la que no entraría para nada su proyecto ideologizador; otras editoriales de renombre pero de menor calado serán fieles a las doctrinas que las impulsan, pero su trayectoria vital será mucho más breve al chocar primero con la censura primorriverista y más tarde con los resultados políticos a los que abocaría el levantamiento de 1936.

Acogiéndonos a lo que en el *Socialismo agrícola* de Esteban Beltrán y *Los libertadores del campo* de Manuel Ruiz-Maya podía existir de metáfora de la realidad andaluza acotada en dos espacios cronológicos e históricos relativamente próximos, pensamos que sería interesante cotejar ambas novelas para proceder a su análisis. La reflexión en voz alta de este proceso así como sus resultados es lo que he venido exponiendo ante Vds. y han configurado este Discurso de solicitud de recibimiento por esta docta Institución. El agradecimiento a los miembros de la misma que cursaron la propuesta quiero reiterarla una vez más, agradecimiento que quiero hacer extensivo a todos aquellos que hoy han tenido la gentileza de escucharme y acompañarnos.

(111) *El Sol*, 23 de noviembre, 1934, pp. 1 y 4.